



Dimes y diretes del Doctor Merolico¹

De acuerdo con Francisco J. Santamaría, la palabra “Merolico” refiere al “Charlatán callejero, embaucador, por lo común curandero, que anuncia y encarece lo que vende, de ordinario baratijas, o medicinas, o artefactos de raras y maravillosas propiedades, a grandes voces y en lenguaje ampuloso, como para llamar la atención de los transeúntes”.²

Luego hace hincapié en los datos que refirió en su momento Luis M. Rivera sobre el origen de la palabra señalada, donde se dice que se deriva de un seudomédico que llegó a la República Mexicana en tiempos del imperio de Maximiliano, amparado en el nombre de Meroil-Yock y con las siguientes trazas: polaco, de agitada melena rubia, largos mostachos y espesa barba que le caía sobre el pecho, cubriendo su cuerpo con un guardapolvo de Holanda cruda. Traía carteles impresos en Londres, en los que aparecía vestido con una larga túnica entre griega y oriental, llena de galones, borlas, bordaduras y abundantes caireles, anunciando el famoso aceite de San Jacobo, elixir infalible para la curación de todo tipo de flatos, dolencias, cólicos, malos humores, asperezas de la piel como callos y otros problemas. Como le fue muy bien con sus productos en el puerto de Veracruz, se animó a llevar a cabo lo mismo en la ciudad de Puebla y en la capital nacional, siempre con un halo de misterio y extrañeza ya en su ir, ya en su venir.

Con pequeñas variantes, sobre todo la de su año de arribo, esta información se ha venido repitiendo en la mayor parte de los trabajos sobre medicina y salud que le dedican algunas líneas a este personaje.

Pero, ¿corresponde tal información con lo que él era? No en lo que cabe respecto a sus datos históricos; no en cuanto a su descripción física; pero sí en cuanto a que vendía menjurjes y elixires maravillosos con habla pró-

¹ Texto presentado el 7 de octubre de 2009 en la *Jornada Académica de Antropología Médica*, coordinada por el maestro Faustino Hernández Pérez en la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH.

² Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mexicanismos*, 4ª ed., México, Porrúa, 1983, p. 717.

diga, aunque no el aceite de San Jacobo ni el de San Patricio, sino uno de su propia invención.

El autodenominado profesor y doctor Rafael Juan de Meraulyok arribó al puerto de Veracruz el 21 de agosto de 1879, sitio donde la población estaba inquieta y molesta por esa terrible matanza ordenada dos meses antes por el gobernador Luis Mier y Terán contra nueve supuestos opositores del régimen, y de la cual se acusa a Porfirio Díaz y su célebre frase: “¡Mátalos en caliente!”, aunque dicen las malas lenguas que tal orden no la dio él, que todo fue obra de su secretario Vega Limón, enojado porque su amigo Justo Benítez ya no era el favorito para la presidencia.

Meraulyok estuvo poco tiempo en Veracruz, pues al mes ya causaba sensación en la ciudad de México, paseando con donaire por la calle de Plateros, con sus botas federicas, sombrero de copa blanco, pantalón de ante amarillo y una levita de terciopelo azul celeste, más sus lentes oscuros que sin embargo no ocultaban la falta de luz de su ojo izquierdo.

Semejante extravagancia no podía pasar desapercibida, ni aun en los sitios más concurridos como el Teatro Principal, la Plaza de Armas, los cafés París y la Concordia, o la famosa cantina El Globo, la que a la una de la madrugada estaba en plena ebullición, rincón donde se reconocían los poetas, los políticos, los presumidos y uno que otro ser original por infiel, por engañado, por feliz sin remordimiento y sin escándalo, como lo era en este último sentido el Montgolfier de la calle de San Francisco, el ya ahora famoso aeronauta don Joaquín de la Cantolla y Rico.

En uno de esos rincones fue donde un periodista de *El Republicano* lo abordó por primera vez, maravillado de verlo con sus galas de conquistador y sus ínfulas de sabelotodo. Ahí, con una copa de oporto de por medio le confesó que traía un espectáculo maravilloso, algo sin igual en el mundo que dejaría a todos sorprendidos, y eso que no era ni mago, ni saltimbanqui, sino hombre de ciencia, un dentista.

Poco después, ya en octubre y tras aprobar esta profesión en la Escuela Nacional de Medicina el 11 de dicho mes, inundó con carteles de propaganda las calles, ofreciendo sus servicios por diversos rumbos de la antigua Tenochtitlan, hasta que, finalmente, el 24 se

instaló en la Plaza de Armas, en el Zócalo. Así lo describió Chávarri, el reconocido Juvenal de la “Charla de los domingos” del *Monitor Republicano*, dos días después:

Antes de ayer hemos presenciado un espectáculo original. Eran las diez de la mañana; en medio del frío, de la niebla, del aire glacial que azotaba la cara, se detenía en la Plaza de Armas un viejo carruaje abierto; junto a él una mala música despellejaba las mejores inspiraciones de Verdi; sobre el *landó* un individuo que ostentaba en su pecho muchas medallas, hablaba y hablaba, llamando al pueblo en torno suyo y tocando incidentalmente en sus discursos y anécdotas los problemas más arduos de las ciencias médicas.

El personaje aquél es un médico o dentista que acaba de llegar a esta capital, obteniendo título de nuestra Escuela; es, si no nos engañamos, el mismo que está anunciado en las esquinas que se atraviesa el pescuezo con una espada. Nuestro doctor sólo quería curar, y curar gratis; excitaba a los pobres a entregarse en sus manos para que el público se convenciera de que sabe hacerlo, de su destreza como cirujano y de sus panaceas, que dizque son milagrosas. La gente llevada por lo módico del precio, se apiñaba junto al coche, y ahí era de verse cómo al son de la música el facultativo sacaba por aquí una muela que enseñaba gozoso al público y la arrojaba después entre la multitud; abría después un absceso, curaba un dolor; todo entre música y danzas y valsecitos.³

Esto era Juvenal, pero la leperada, el pueblo llano, los pícaros, no se anduvieron con rodeos y a Meraulyok lo definieron de inmediato con un estribillo:

Merolico, merolico
¿quién te dio
*tan grande pico?*⁴

Pero ahí seguían. Escuchándolo hablar de su participación en 1877 en la batalla de cristianos contra tur-

³ *El Monitor Republicano*, año XXIX, 5ª época, México, domingo 26 de octubre de 1879, núm. 257, p. 1. La palabra en cursivas es del original.

⁴ *El Republicano*, México, sábado 25 de octubre de 1879, núm. 245, p. 3.

cos en Plevna (donde perdió el ojo); de las bellezas de París; de las gracias de Sudamérica; de las cerca de dos millones de piezas dentales que había sacado en Brasil en un tiempo al parecer no mayor a los tres meses; de la tranquila, hermosa y bien dotada pero aburrida provincia suiza de la que provenía de nacimiento. Y sí, ahí seguían, observando cómo se metía cuchillos en la garganta, o en los brazos, haciéndose heridas que curaba de inmediato con su elixir maravilloso.

Claro es que no todos lo alabaron. ¡Charlatán! ¡Embaucador! ¡Bribón! ¡Estafador! ¡Engañabobos! Así lo acusó la prensa francesa vecindada en México. ¡Farsante! ¡Mentiroso!, le dijeron los médicos capitalinos. Y aquélla y éstos le pidieron al gobierno que el Consejo de Salubridad examinara las medicinas y panaceas que exhibía el sacamuélas, al que también se le debía hacer cumplir con la ley del timbre respectiva, enfatizaban.

Del análisis del bálsamo de tres pesos el frasco, resultó que se trataba de un inofensivo compuesto a base de fuschina, goma almáciga, alcanfor y alcohol metílico, por lo que el Consejo de Salubridad pidió al secretario de Gobernación que interviniera en el asunto para que ya no se siguiera explotando la ignorancia del pueblo. Sin embargo las autoridades dijeron que no podían imponer castigo ni prohibición alguna, ya que mientras no se atentara contra la salud pública, no había por qué limitar la libertad de trabajo y de profesión. En tanto el Congreso no legislara lo conducente a estos temas, correspondía al pueblo, a los pacientes en específico, fallar a favor o en contra de la experiencia de Merolico como médico, como cirujano, y como dentista. Mas ello no equivalía a que se le dejara impune en su actividad, y por eso le endilgaron una multa de cincuenta pesos por faltarle los timbres fiscales a sus productos.

Además, como eran tiempos electorales y toda reunión popular podía convertirse en manifestación, también tuvieron buen cuidado de pedirle que ya no

INTERESANTE AL PUBLICO.

ESPECIALIDADES

DEL CELEBRE PROFESOR

DON RAPHAEL J. MERAULYOK,
MEDICO-CIRUJANO,

Quien se compromete a ejecutar los siguientes trabajos de Cirujia Clasica:

1.º Para las personas de ambos sexos, de cualquier edad, que tienen el defecto ó la deformidad natural de tener los ojos chicos, ó mejor dicho, que no los tienen bien abiertos por causa de tener los músculos de los orbitales muy cerrados, se consigue reparar satisfactoriamente esa deformidad, cortando hábilmente los indicados músculos y epidermis de los orbitales, sin que por esta célebre y magnífica operacion cause el mas mínimo dolor, ni tener ningun inconveniente peligroso.

2.º Para las personas de ambos sexos, de cualquier edad, que tengan el defecto ó la deformidad natural de tener, como se dice vulgarmente, la boca grande, se consigue reparar satisfactoriamente esa grandisima y notable deformidad, practicando una operacion de Cirujia Clásica, que consiste en reunir cuanto necesita, los rincones de los labios y el musculo orbicular de los mismos, sin que por esta célebre y magnífica operacion, se cause dolor



al paciente, ni tener ningun inconveniente peligroso.

Sacarà con diestra y hábil mano, toda clase de lobanillos y tumores en cualquier parte del cuerpo que se encuentren, sin causar ningun dolor.

TRABAJOS

DE CIRUJIA ORDINARIA.

1.º Extraccion de muelas y dientes sin causar al paciente dolor ninguno; precio, 3 ps.

Orificaciones á precios convencionales.

2.º Curaciones de heridas, roturas, quemaduras, dislocaciones, etc., etc.

Se garantiza el buen éxito y perfeccion de todas estas operaciones.

Precios convencionales.

CONSULTAS SOBRE CUALQUIERA ENFERMEDAD.

El Dr. Meraulyok avisa al respetable público, por bien de su interés, no deja huir la buena ocasion y oportunidad que hoy se le ofrece, porque tal vez mas tarde se arrepentirá inútilmente y cuando no haya remedio; téngase esto presente.

BALSAMO MILAGROSO VEGETAL

Para todas las enfermedades; precio en su casa, el pomo, 3 pesos.

ESMALTELINA SIN RIVAL.

Polvero vegetal para restaurar las muelas y dientes, boca y encías; la mejor y la única preparacion para el esmalte. Precio, 1 peso.

Los interesados ocurrirán al portal del Coliseo Viejo núm. 8.

170-26a-8

deambulara por todos lados ejerciendo su profesión en lo público, sino que se quedara en la plazuela del Seminario, donde se apostaron varios policías para vigilar el orden y evitar robos a los mirones, supuestamente.⁵

Y sí, de noviembre a diciembre de 1879, y de fines de febrero a junio de 1880, ahí estuvo Merolico todas las mañanas, con sus pregones y curas gratis, mientras que en la tarde daba sus consultas privadas al principio en la calle Coliseo y después en la de Vergara, para

⁵ Para todos estos datos véase *El Monitor Republicano*, octubre-noviembre de 1879.

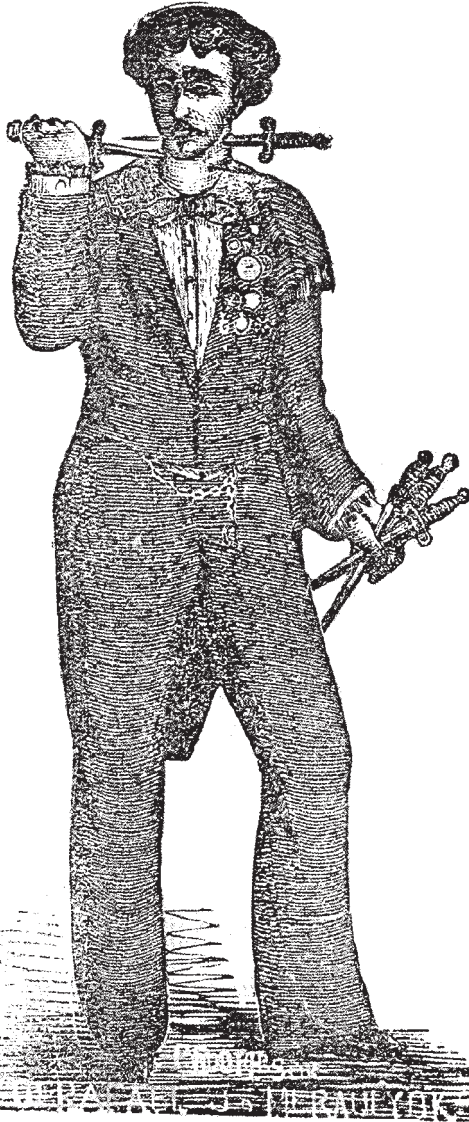
dedicarse en las noches a enamorar a las artistas extranjeras del Nacional, el Arbeu, el Hidalgo o el Principal, pues ellas bien sabían lo que era el gusto de los cuerpos, no como las mexicanas, que esperaban una conquista y un amor largo y tranquilo, según palabras del propio suizo.

Vaya que en este asunto, argüía, sí que había que tener cuidado, pues era muy sabido que para lo único que no había cura científica era para los males del amor; ahí sí ni el electromagnetismo tenía efecto, añadía la prensa mexicana, como lo comprobaba el Londres de las encuestas, urbe de las más avanzadas donde decían que de cerca de novecientos mil matrimonios, únicamente seis eran realmente felices, en tanto que ciento treinta y cinco lo aparentaban, y el resto fluctuaba entre el abandono, el divorcio, la indiferencia y la guerra abierta.

Lo bueno es que México distaba mucho de estar en una situación semejante, afirmaban, pese a que se vivían momentos de incertidumbre por la crisis económica que no daba respiros ni para pagar sueldos administrativos, y fomentaba rebeliones a diestra y siniestra, lo mismo que robos y monederos falsos. Como decía *La Patria*, todo esto no sólo ponía en entredicho el papel del país ante Europa —donde Bismarck quería convertir a Alemania en la primera potencia del mundo— y ante Estados Unidos, siempre tan metiche y siempre tan sin culpa, sino que también hacía palpable una verdad irrefutable:

*Si es que nadie refunfuña
y es cierto lo calculado,*

⁶ *Memorias de Merolico*, facsímil de la edición de 1880, estudio introductorio de Jesús Guzmán Urióstegui, México, Los Reyes/Librería Madero, 2005, 28 + 78 pp.



*diremos que ha progresado
la enfermedad de la uña.*

Rateros sí, salvajes y peleoneros sí, pero no divorciados. Y si el país distaba mucho de padecer semejante tragedia era porque todavía había valores, aseguraban, todavía la familia constituía la base virtuosa de una sociedad en la que la costumbre y la tradición marcaban la pauta, formando un escudo contra la liberalidad extranjera. México era un país pródigo al que sólo le faltaban el orden y un buen código administrativo para figurar entre las naciones civilizadas del mundo, concluían.

Con orden se acabarían los excesos, con leyes adecuadas en lo social y en lo político se acabarían los principales males que afectaban a la población: el alcoholismo, la prostitución y el tifo.

El problema era cómo atenderlos sin dañar el planteamiento fundamental de la Constitución de 1857: la libertad individual, el derecho irrestricto de hacer lo que se viniera en gana, siempre y cuando no se atentara contra el bien público. En esas circunstancias, claro es que la labor de Merolico sí resultaba ofensiva para muchos, ya que la cuestión sanitaria no era cosa de juego, siendo necesaria su regulación para garantizar la vida misma. Si él trabajaba en la calle, sin condiciones mínimas de higiene, y si ofrecía curas maravillosas para males complicadísimos como la impotencia, la esterilidad, la deformación bucal, la disfuncionalidad de los ojos, los males del oído, quistes y demás, ¿no implicaba eso atentar contra el progreso? ¿Para qué estaban entonces los adelantos médicos, el consultorio de primer nivel del dentista estadounidense Eduardo Clay Wise, las creosotas y demás preparados de patente francesa que igual servían para la sífilis, las blenorragias y los males de la mujer, que para los dolores de

estómago, de la garganta o de la cabeza; o las píldoras del inglés Holloway, efectivas para limpiar el hígado, los riñones y la sangre, extirpando cánceres y chancros? Y ni qué decir del hierro, tan espléndido, tan bondadoso para la salud y la virtud de las personas en general, como lo pregonaba el ejemplo aquel de la muchacha que no quiso ir a misa porque se sentía con calenturas e incomodidades diversas; luego, se va la madre a sus sagrados deberes con preocupación, entra el novio con discreción, vienen los besos y arrumacos sin ton ni son, mas, regreso intempestivo, ¡ah! puerta malhadada, salida presurosa, calenturas otra vez y se llama al doctor, quien revisa y entabla este diálogo con la madre:

- Con que no es grave, ¿verdad? (dice la madre).
 — ¡Señora! Aquí entre los dos ahora, el mal es de gravedad.
 — ¡Dios mío!
 — ¡Yo soy muy viejo y muy práctico!
 — ¡Ya lo sé!
 — Y como la aprecio a usted me permito este consejo: ¡abra usted mucho los ojos! La niña, a mi plan me aferro, necesita mucho hierro.
 — ¿En píldoras?
 — No, ¡¡en cerrojos!!

¿Para qué, de igual forma, pedirle al gobierno que atendiera de manera adecuada a los hospitales y a la Escuela de Medicina? ¿Para qué todo eso del estímulo a la ciencia, si sólo uno poseía la ciencia de las ciencias, que es saber vivir, y ése era Merolico?

En suma, que Merolico dio mucho de qué hablar en la ciudad de México de septiembre a junio (1879-1880), pese a que en enero y parte de febrero se la pasó en Puebla. Así, fue motivo de una zarzuela anunciada desde noviembre de 1879 en el periódico *La Industria*:

Don Merolico.- Un periodista- Que tiene trazas- De ser tan bueno- Como unas pascuas- Está acabando- Y esto no es guasa- Una zarzuela- Que ni pintada.- Por argumento- Tiene las altas- Virtudes médicas- Del gran gimnasta- Don Merolico- Que con sus charlas- Que con sus drogas- Que con sus plásticas- Exhibiciones- Y sus cantatas- Que son su bálsamo- Las fiebres calma- Calma las

tosos- Conjura el asma- Y aplaca indómito- Todas las plagas- La pieza llámase- Don traga-espadas- Y el autor dice- Que cuando salga- Su personaje- Sobre las tablas- Habrá silbidos- Viejas sin habla- Bulla y fandango- Pulque y pedradas- Esto nos dicen- Será guayaba- O, como ustedes- Quieran llamarla- Pero es el hecho- Que el traga-espadas- Aspira y quiere- Gloriosa fama.⁷

Enseguida vino lo del debate por la libertad de profesiones; después salió un periódico con su apelativo, en diciembre; Guillermo Prieto lo tachó de sinvergüenza arrobador, dueño y señor de las plazas y del habla en enero; fue a juicio contra *La Tribuna* en los últimos días de febrero, acusando a dicho diario de levantarle falsos, y en mayo comenzó a circular el libro *Memorias de Merolico*; hasta que en junio anunció su salida de la ciudad, sin mayor explicación al respecto pero ofreciendo una última consulta dominguera en bien de la humanidad.

Tal vez con el ánimo de regresar a Europa, quizá harto de México capital, probablemente fastidiado de los habitantes de ésta, a los que consideraba falsos y simuladores por no saber tomarse una copa sin remordimientos, por no divertirse con la vida, por aceptar por diputados a máscaras que cambiaban de disfraz en el guardarropa de la Tesorería, necios que dormían el sueño de su ociosidad, y por tener por sabios a personas que no enseñaban más que las uñas, que su mayor mérito era haber leído unos cuantos tomos de la *Revue de deux mondes*, francesa, y que por ello aspiraban a vivir del presupuesto, Merolico se fue rumbo a Veracruz, sitio en el que pretendió continuar con sus afanes médicos. Sin embargo en este estado sí le fue como en feria, perseguido, se rumoraba, por un dentista cubano vecindado ahí, muy bien pertrecho en el gobierno estatal, el cual no estaba dispuesto a perder ni sus clientes ni sus privilegios. Encarcelado varias veces, a fines de 1880 Merolico terminó por huir, quién sabe hacia dónde, dejando abandonada a la niña cirquera que le acompañaba desde la Argentina.

⁷ Citado por *La Tribuna*, México, viernes 14 de noviembre de 1879, t. I, núm. 55, p. 3.